

¿Tenemos fe y la acompañan las obras? pues esperemos que Dios nos consolará de nuestras aflicciones, conservando la fe en nuestra patria, en nuestras familias, en nosotros mismos; y no sólo la conservará, sino que la aumentará dándonos la gracia de perseverar, para que por la profesion práctica de la fe obtengamos la salvacion. *Qui perseveraverit, salvus erit.*

¿Tenemos fe pero no tenemos obras? Pues temblemos: sobre nosotros está pendiente el anatema de Jesucristo, Dios y hombre, que por San Márcos nos dice: *Qui veró non crediderit, condemnabitur.* El que no creyere, se condenará. Se condenará en el tiempo, porque Dios permitirá que nos quedemos sin fe; que la de unos reinos sea trasladada á otros que mejor lo merezcan; que la fe, lanzada ignominiosamente del corazon de los católicos, vaya á albergarse pacíficamente en el alma de los salvajes; y ¿quién sabe si acontecimiento tan lamentable nos amenazará á nosotros? *Condemnabitur.* Se condenará tambien en la eternidad, porque la fe sin las obras es fe muerta; porque sin la fe es imposible agradar á Dios: porque el desagrado de Dios es el pecado; el pecado es la muerte del alma, y la muerte del alma no es otra cosa que nuestra propia condenacion.

Pero aun hay tiempo. Maria es la Maestra y la Reina de la fe: tenemos en la Señora las dos cosas más esenciales para la adquisicion y la conservacion de esta virtud tan hermosa como necesaria: el *ejemplo* y la *intercesion*. Procuremos imitarla, pidiendo á Jesus por su intercesion la gracia que necesitamos para ella: amémosla de todo corazon, que si así lo hacemos; como Madre de misericordia nos comunicará un átomo de la fe de su bendita alma, que iluminándonos en el mundo, nos abra, despues de la muerte, las puertas eternas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XVII.

Esperanza de Maria Santísima.

*Spes mea ab uberibus matris meæ.
Mi esperanza desde los pechos de
mi madre.*

(David, xxi, 10.)

Vita, dulcedo, et spes nostra.

(Salve Reg.)

HAY un sentimiento innato en el corazon del hombre que, como dice bien el Salmista Rey, le acompaña desde el vientre de su madre: sentimiento que, vigorizado y sostenido en fuerza de las difíciles circunstancias que acompañan al hombre en este valle de lágrimas, viene á ser por último un acto que se principia y se completa sucesivamente dentro de la misma voluntad. Es la esperanza. La esperanza, cristianos, que, segun frase de un religiosísimo escritor francés (1), es nuestra más constante amiga; es la que en la niñez nos toma de la mano de nuestras madres, nos acompaña á donde quiera que vamos, y no pocas veces siembra de flores los caminos erizados de abrojos que tenemos que recorrer antes de entrar en el valle de las sombras de la muerte. La esperanza cierto es que, participando de la naturaleza de nuestros sueños, nos coloca muchas veces en una tierra de encantos y delicias; pero tambien es verdad que la esperanza no fundada en una base indestructible, y dirigida por caminos indebidos, mata la vida del corazon con el veneno de los desengaños, y arrastra al alma al abismo de la desesperacion. «¡Ay del hombre que en el hombre fia!» exclama el soberano más sábio que han conocido los siglos; y con este grito inspirado empieza por per-

(1) Orsini: *Flores del cielo.*
Advocaciones

suadirnos y concluye por convencernos de que esperar en las criaturas no es verdadero esperar, y que lo que no llena la inmensa capacidad de nuestra alma, que es inmortal, no puede llamarse legítimamente *esperanza*. Nuestra misma razón, aleccionada por una experiencia dolorosa, nos dice todos los días que el hombre necesita *esperanza* para vivir, pero que esa *esperanza* no es la que se funda en cuanto existe de frágil y quebradizo en la miserable naturaleza.

Esperemos, si no, en la amistad, y con el tiempo ó la amistad desaparece al soplo de la muerte, ó hiere nuestro espíritu con el irreparable golpe de la deslealtad. ¿Y la *esperanza*? Esperemos en las riquezas; y aun suponiéndolas bien adquiridas y mejor administradas, ni las primeras llenan el vacío de nuestra ambición, ni las segundas tampoco; y si conservadas y aumentadas no nos satisfacen, perdidas, porque la Providencia lo dispone, pueden atropellarnos y arrastrarnos á nuestra perdición. ¿Y la *esperanza*? Esperemos en los honores y las dignidades, y el honor puede convertirse en afrenta, y la dignidad en envilecimiento. Esperemos en el poder y en la ciencia, en la hermosura personal y en las cualidades que nos caracterizan, y el poder lo aniquila otro poder superior, y la ciencia la eclipsa otro hombre que nació junto á nosotros, y la hermosura la destruye una enfermedad, y las cualidades que nos adornan se debilitan, decaen, y por último perecen. ¿Y la *esperanza*?

Hermoso lumínar que sostienes la vida del hombre, puesto que en idioma del Espíritu Santo todo es vanidad y afición de espíritu, ¿dónde estás? La *esperanza* humana es despreciable, mísera y extravagante; es como la caña quebrada de la Escritura que rasga la mano de los que se apoyan en ella. La *esperanza* humana, más que *esperanza*, es una prolongada agonía, es nada; la *esperanza* divina es todo, porque es indefectible, y porque es inacabable. La *esperanza* que vive en el mundo es una mentira; la *esperanza* que desciende del cielo es una verdad: confiar únicamente en las criaturas y cuanto las rodea, es un delirio, es una insensatez, es hasta una impiedad: confiar en el Criador, esperar en Dios, es justificar que nos conocemos, es acreditar que le amamos, es el cumplimiento de todo deber y la satisfacción de toda necesidad. La *esperanza* sobrenatural, la divina virtud de la *esperanza* es mi asunto en esta tarde; y con la docilidad de un creyente y el placer de un cristiano vamos á considerar, en un solo punto de vista, la *esperanza* en sí, la *esperanza* en María Santísima, la *esperanza* en nosotros mismos.

Ave Maria.

Con decir que la *esperanza* es hija y hermana al mismo tiempo de la fe, tendríamos aprendido cuanto puede explicarse de la virtud de la *esperanza*. Sin la fe es imposible conocer á Dios, es imposible agradar á Dios; y sin la *esperanza*, cristianos, nos sería insoportable la distancia que nos separa de su divina Majestad en este amargo destierro. Si la fe divina nos ha sido concedida para que la pobre razón humana penetre con seguridad en el intrincado laberinto de las verdades infalibles, la *esperanza* sobrenatural nos ha sido dada para que el corazón y el alma, fortalecidos por ella, arrosten dificultades, venzan obstáculos, desafíen peligros, padezcan con resignación y con alegría, y nunca desmayen en la consoladora ambición de llegar al último fin, que es poseer á Dios en una eternidad bienaventurada. La *esperanza* es hija de la fe; pero con una filiación de tal naturaleza, que si no hay fe verdadera, no hay que buscar en nosotros *esperanza*: y si sentimos que esta virtud es incompleta y está en nosotros debilitada, la fe es una cosa también mortificada ó casi muerta. Completa la *esperanza* en el hombre lo que la fe principia: por la primera Dios se acerca á nosotros comunicándonos en cierta manera sus insondables secretos; por la segunda nosotros nos unimos á Dios en íntima y cariñosa relación; y al contemplar las amargas tribulaciones que nos rodean, podemos con toda seguridad exclamar con San Pablo: *¿Si Deus pro nobis, quis contra nos?* Si está Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros?

La fe y la *esperanza* son dos hermanas que tienen un mismo padre, que es el Sér Supremo; una misma patria, que es el cielo; un mismo objeto primario, que es Dios, y una misma misión que desempeñar al lado del hombre, que es conducirlo á una verdadera y feliz inmortalidad. Son las dos bases indestructibles de la vida cristiana; y si implícita y explícitamente nos es necesaria la virtud de la fe, lo mismo nos es necesaria la *esperanza*; y si la una nos enseña á creer, á confesar y á conocer á Dios; la otra eleva nuestra alma á *esperar la bienaventuranza y los medios para conseguirla, ayudados de la gracia y mediante el ejercicio de ella*. No es, cristianos, la *esperanza* una virtud de ayer; la *esperanza* es el sosten del género humano desde el principio del mundo; es como esa brisa apacible y consoladora que nos refrigerará en los ardores del estío; como ese rayo del sol que nos conforta en medio de las penalidades del invierno. La *esperanza* está

modelada, está vinculada, está contenida en Maria Santísima; y si por los grados y la perfeccion con que la poseyó y la practicó la hemos llamado Reina de la fe, apoyados en los mismos argumentos podemos decir, se lo dice el Espíritu Santo ántes que nosotros, que es la Madre de la esperanza santa: *Mater sanctæ spei*. Lo dice la misma Señora por boca del Profeta cantor: *Spes mea ab uberibus matris meæ*. Mi esperanza desde los pechos de mi madre. Lo canta la Iglesia, y nosotros lo publicamos todos los dias, cuando decimos: *Spes nostra, salve*. Salve, esperanza nuestra.

Así es que donde quiera se nos presenta una idea, una profecía, una figura de la virtud de la esperanza, allí se nos presenta Maria Santísima esperando como viadora y levantando tanto su vuelo en esta virtud, que es por Ella constituida esperanza de los vivientes. Veamos, si no.

Pecan nuestros primeros padres, y en el instante mismo que truena el decreto de la justicia, se escucha tambien la voz de la misericordia: el Omnipotente, que destina al Verbo para libertador del hombre, escoge tambien la Madre en cuyas entrañas ha de encarnar, y delante de su presencia tiene ya al alma hermosísima de Maria, empapada en la esperanza de este suceso, y recompensada con ser la que haga pedazos la cabeza de Satanás. ¿Veis fluctuar un arca sobre las cenagosas avenidas de una inundacion universal? Pues aquella arca es la esperanza, y es Maria. ¿Observais aquella paloma que sale, vá, torna y vuelve con un ramo de oliva que significa la felicidad y la victoria? Pues la paloma y la oliva son la esperanza, son Maria. Moisés eleva una serpiente de metal, á cuya presencia sanan los israelitas mordidos por las serpientes venenosas; el mismo hace brotar de la peña de Oreb agua saludable y abundantísima que regenera y vivifica á los hebreos: y la serpiente es la esperanza, y la esperanza es Maria: el hombre enferma, el alma, mira con esperanza á Maria elevada por el Moisés divino, y se cicatrizan y curan las mordeduras de los pecados: el pueblo proclama á Maria *Salus infirmorum*. La criatura tiene sed, porque la criatura, mientras no descansa en Dios, vive sedienta siempre; pero mira á Maria, y de Ella recibe, porque en Ella se depositan y de Ella se desprenden á torrentes, las aguas de la divina gracia.

Abandonemos el ameno vergel de la Escritura, y meditemos la esperanza de la Virgen en alguno de los acontecimientos de su vida. Maria vá á ser abandonada por el castísimo José, que viéndola en cinta.... sospecha.... recela.... duda.... se atormenta.... Y esta purísima criatura, escogida ni más ni ménos que para re-

clinatorio de la Santísima Trinidad, lo comprende, conoce el estado del alma de su esposo, y, sin embargo, espera; nada le revela, nada le dice del gran misterio que se habia realizado en Ella; se entrega á la Providencia de Dios, confía, y el premio de esta esperanza es tranquilizar un Angel al affigido Patriarca San José. Maria, próxima á dar á luz, vá á empadronarse á la ciudad de Belen en cumplimiento de los edictos del César; pobre sale de su casa, y pobre atraviesa por montes, por desiertos y por llanuras; el dia le pasa caminando, y la noche la soporta caminando y padeciendo. El invierno muestra su faz adusta á la que es la alegría del firmamento, y el rigor de las intemperies no respeta á la que es soberana de la naturaleza: entre los propios ni entre los extraños, y esto es lo amargo para el corazon de la Virgen, encuentra en los hombres un techado donde recogerse, un poco de yerba donde reclinar su cabeza. Pero no importa: Maria *espera*, y la Providencia no la abandona en aquella angustiosa necesidad: á una esperanza sin ejemplo, unas pruebas, cristianos, que no tengan comparacion. Herodes busca á Jesus para quitarle la vida: la Sagrada Familia se vé obligada á emigrar al Egipto, atravesando paises enemigos. Nadie sufre, nadie teme como Maria Santísima, porque sufre y teme como una Madre, como la mejor de las madres; pero la Virgen *espera*, y la Providencia siembra el camino por donde huye la Virgen de milagros, que son otras tantas recompensa de su esperanza. Y ¿á qué cansarnos? Reunamos todas las bellezas de la esperanza de Maria, en la época más dolorosa, más terrible de su vida, en el alma de Maria, no hay, no puede haber otra cosa de pasado y de presente que martirios incalculables; pero el alma de Maria *se alimenta con la esperanza*, se sostiene con la esperanza, se levanta con la esperanza á una esfera de merecimientos superior á todas las criaturas. Todavía (y con esto concluyo) podemos comprender algo de lo que es la esperanza de la Virgen por los efectos que esta virtud produce.

La esperanza sobrenatural y divina está fundada sobre el principio de la misericordia de un Dios infinito; y siendo este principio tan sólido, sus efectos no pueden ménos de ser admirables. La esperanza arranca del corazon del hombre el apego de todas las cosas de la tierra; la esperanza nos comunica mayores esfuerzos para servir más y más á Dios; la esperanza nos sostiene en las borrascas de las tentaciones; nos hace sufridos en los trabajos, valientes en las persecuciones, y perseverantes en la oracion. Estos son sus principales efectos. Volvamos nuestros ojos á Maria, y digámonos si hay una criatura mas desprendida del mundo que

Maria; más esforzada y fervorosa en el servicio de Dios; más intrépida en las asechanzas y en las tribulaciones con que la aflige el demonio; más resignada en las angustias de su alma, ni más seráfica, más contemplativa, ni más amante en la oracion. Cristianos: la esperanza de Maria está en perfecta relacion con su fe: la grandeza de la una se mide por la grandeza de la otra: la fe de la Señora es indecible, su esperanza es inexplicable; son como dos alas con que vuela y se levanta amante el corazon de Maria Santísima: al lado de su fe, que la hace sublime en el comprender, está su esperanza, que la hace inimitable en el desear; y parece que en los lábios de la Madre de Jesus no hay otra frase ni se escucha otra sentencia que la del Espíritu Santo, que me sirve de texto. *Spes mea ab uberibus matris mee.* Mi esperanza reina en mi alma desde los pechos de mi madre, desde mi formacion, desde mi concepcion, y desde toda la eternidad: Y nosotros, ¿tenemos esperanza?

Á esta pregunta, que constituye nuestra segunda reflexion, contestarán los vicios lamentables que se oponen á la virtud santísima de la esperanza. Vicios de todos los tiempos desde el principio de las edades, vicios de todos los pueblos, vicios de las generaciones todas; pero vicios marcadamente característicos de las generaciones que hoy vivimos y de los tiempos que atravesamos. Dos vicios se oponen á la fe, que arrastran el alma del hombre al último extremo de embrutecimiento y degradacion: la *credulidad* demasiada y la *incredulidad*; vicios que por distinto camino tienden el mismo fin, que es separarnos de Dios: mal que, una vez realizado, con dificultad se puede remediar.

Otros dos vicios se oponen á la virtud de la esperanza: vicios que, alejando á Dios de nosotros, porque nosotros no lo queremos, nos deja el uno en las manos de nuestro propio consejo, y el otro en las simas de nuestros desgarradores sufrimientos: *la presuncion y la desesperacion*. La *presuncion* que se opone á la esperanza por exceso, es una esperanza loca, una esperanza enemiga de Dios, una esperanza temeraria; es como la quinta esencia del orgullo más refinado. La *presuncion* es atentar constantemente contra su omnipotencia y su justicia, y pretender colocarnos á mayor altura que el mismo Dios, ya confiando en que en nosotros existe lo que sólo nos viene gratuitamente de Dios, ya suponiéndonos justos, y ya creyendo que Dios ha de comunicarnos sus dónes.

La *desesperacion* es la desgracia de todas las desgracias; sobre el pecado ántes cometido, es el mayor pecado que cometemos con-

tra el Sér Supremo, y atendamos directamente contra ese hermosísimo atributo que tanto en Él resplandece, que es su misericordia. En la desesperacion, el hombre cree ver al Sér Supremo como impotente y con las manos atadas, como despojado de recursos y de voluntad para favorecernos y para consolarnos, y la presuncion y la desesperacion concluyen por arrastrar al hombre al último de todos los precipicios, que es la impotencia final. Sí, cristianos, porque la *presuncion* no contenida lleva al hombre al indiferentismo religioso; y la *desesperacion* no atajada en tiempo; le conduce de perversidad en perversidad al último de los crímenes, que es el suicidio.

Indiferencia religiosa y suicidio: ponzoñosas heridas que han acabado con la esperanza teologal de la sociedad, é incurables sin un milagro del Omnipotente, porque los mismos que deberian contribuir á extirparlas cooperan á darlas mayor extension. Indiferencia religiosa que suministra al hombre audacia suficiente para pretender hacer de la Religion verdadera una diseccion escandalosa, que dá por resultado haber para él tantas religiones como caprichos le dominan, y tantas leyes cuantos apetitos esclavizan su alma. Indiferencia religiosa que hace al hombre ateo, protestante, racionalista, y dejando su alma sin brújula principia por hacerle ensayar lo peor de lo que falsamente se llaman religiones, y concluye por dejarle sin ninguna. Y no es lo notable que se apodere la indiferencia de los incrédulos ilustrados, y de los impíos tan vanos como ignorantes de nuestros dias, sinó que se ha apoderado tambien de una manera lamentable de los que todos los dias y á todas horas están haciendo profesion de cristianos. Ahí los tenéis, sinó, para testimonio de esta verdad, cumpliendo, de la ley divina, aquello que ninguna resistencia opone á su voluntad; ahí los tenéis burlándose de los preceptos de la Iglesia, si es que en virtud de su propia autoridad no los destierran del mundo, como invencion, y patraña, y especulacion de la clase más respetable de la tierra. Ahí los tenéis, que no saben de nuestra doctrina más que el nombre: que se presentan en nuestros templos con peores modales que lo harian en los espectáculos profanos más cínicos y más escandalosos: y los conoceréis sin duda por el modo de entrar, de permanecer y de salir de nuestras iglesias. *Ex fructibus eorum cognoscetis eos*. Los conoceréis por los frutos que producen (1).

(1) S. Mat., cap. vii, v. 16.

Ahí los tenéis en la prosperidad como en la adversidad, legisladores ó legislados, superiores ó súbditos, sabios ó ignorantes, viviendo una vida verdaderamente animal: sordos á los gritos de su conciencia, ciegos en la presencia de los castigos del cielo, é indiferentes á todo lo que no sea egoismo, endurecimiento y sensualidad. Habladles de Dios, de la vida futura, del estado de su alma, de la obligacion de disponer bien sus negocios para despues de la muerte, y si tenéis la fortuna de que crean y reconozcan, tendréis la desgracia de oírles hablar siempre de Dios, presentándole por el lado de su misericordia, mejor dicho, por el lado de la soberbia, presuncion que á ellos les domina. Los indiferentistas en religion son peores que los mismos herejes: á los herejes los expulsamos de nuestro lado; los indiferentistas están con nosotros y no los conocemos, su veneno es más nocivo que el de los herejes, porque es más encubierto y propinado de una manera más suave. Con esa decantada fórmula de *ni robo, ni mato, ni hago mal á nadie*, son escarnecedores verdaderos de nuestra Religion, y verdaderos perseguidores de toda práctica religiosa: su destino, empero, es horrible: es vivir sin Dios, morir sin Dios y condenados por toda una eternidad. Oigan á Jesucristo, que siempre se lo está repitiendo. *Ego vado et quæretis me, et non invenietis, et in peccato vestro moriemini*. Hacedos los sordos, vivid como queráis, entre tanto yo me voy alejando de vosotros. *Ego vado*. Día llegará en que me busquéis, pero no me encontraréis. *Quæretis me, et non invenietis*. Y moriréis en vuestro pecado. *Et in peccato vestro moriemini*. Y el castigo del pecado será el infierno.

¿Y la desesperacion, cristianos? ¿Y la desconfianza en la misericordia de Dios? ¿Y ese anonadarse ante la pérdida de la salud, de los bienes, de las dignidades, de los objetos queridos, de lo que el mundo llama falsamente el honor y la fortuna? ¿Qué diré yo de ese desgraciado sucumbir al mayor de todos los pecados, al más lúgubre de todos los infortunios, al más horrendo de todos los castigos, por no conformarse con la más pequeña de las tribulaciones que el Señor nos envía? ¿Qué podré yo decir de ese último recurso que encuentra la criatura desesperada para rebelarse contra Dios, para dejar envuelta en calamidades á una familia, y para escandalizar de un modo inaudito á la sociedad? ¿Qué diré del suicidio? Poco, nada, porque es interminable lo que se pudiera decir: nos contentaremos con indicaciones, y nada más. «El suicidio es un crimen imperdonable, porque no cabe en él el arrepentimiento (1).

(1) Debreyne: *Pensamientos de un creyente católico*

El suicidio es la cobardía, es la huida del combate, es la calamidad más grande, el estrago más tremendo, el más hondo y negro precipicio á que pueden arrastrar al hombre las adversidades cuando sólo las mira con los ojos del mundo (1).» Y aunque es verdad que muchas veces es hijo de la enajenacion mental y de la locura, no es ménos cierto que las más veces es hijo de una razon pervertida é inficionada, de un corazon corrompido, de un alma que corriendo sin creencias y sin fe por la senda de todos los desórdenes, viene á concluir sus dias con el mayor de todos los crímenes, sin consuelos y sin esperanzas.

«El suicidio es un *crimen contra Dios*, porque el suicida usurpa los derechos de Dios, desprecia su ley, se niega á llenar los deberes que tenia para con el Sér Supremo, y, finalmente, como un desertor infame abandona por su voluntad el honroso puesto de la vida. El suicidio es un *crimen contra la sociedad*: ésta ha recogido al hombre desde el seno de su madre, le ha nutrido, le ha educado, le ha vestido y alojado; le ha dado una existencia moral é intelectual, y el suicida se revuelve ingrato contra la sociedad, privándola de un miembro que pudiera serla útil todavía. El suicidio es la expresion del más grosero materialismo; es el abismo en que se viene á caer cuando se niega la existencia en nosotros del alma inmortal: es la consecuencia funesta pero legitima, de esas absurdas doctrinas que han invadido el mundo, predicando que en esta vida todo, y despues de esta vida nada. El suicida se cree de la misma condicion que las bestias, y sólo en esto se irroga ya una gravísima ofensa; y si con conocimiento de la existencia de su alma la priva de los medios y de los derechos á ser feliz, no hay duda de que comete un gravísimo *crimen contra sí mismo* (2).»

No adornemos con flores ni entonemos cánticos sobre los sepulcros de los suicidas, los más desgraciados de todos los sepulcros, ni hagamos que aparezca como envidiable el término más horrible de la vida. Execremos esa cacareada filosofía de nuestro siglo, impiamente atea y groseramente materialista que ha invadido el universo, y que, trastornando las cabezas, corrompe los corazones. Lancemos léjos de nosotros esa propaganda irreligiosa que con la mayor desvergüenza se enseñorea de las naciones, sin exceptuar nuestra católica España, y arranquemos de las manos de nuestros hermanos esos inmundos folletines, esas baratasimas novelas, y

(1) Rodríguez Sobrino: *Libro de los consuelos*.

(2) Debreyne: *Pensamientos de un creyente católico*.

esas lecturas de todos precios y de todos tamaños donde se encomian todos los vicios, se vilipendian todas las virtudes; lecturas, en fin, que merecian el ejemplar castigo de ser, por lo ménos, quemadas en la presencia de sus autores.

Tengamos fe, amados míos, tengamos verdadera fe, y tendremos verdadera esperanza; esperemos en Dios, confiemos en la misericordia divina, y trabajemos para merecerla. Si nos rodean calamidades, esperemos; si enfermedades, esperemos; si la indigencia, esperemos; si somos justos, esperemos; si pecadores, esperemos; sea la esperanza cristiana nuestra guía y nuestra inseparable compañera. Esperemos la bienaventuranza, los medios de alcanzarla y la gracia y todo lo que es menester para obrar como discípulos de Jesucristo; imitemos á Maria Santísima; llamémosla, porque lo es, *vida, dulzura y esperanza nuestra*, y no dudemos de que, asidos con seguridad á esta áncora salvadora, navegaremos viento en popa, sin que jamás zozobre la pobre navecita de nuestra alma; y despues de los trabajos y de las miserias de la vida, descansaremos, por fin, en el puerto de la inmortalidad, que lo son las moradas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XVIII.

Caridad de Maria Santísima.

Ordinavit in me charitatem.

Ordenó en mí la caridad.

(Cant., 11, 4.)

Si charitatem autem non habuero, nihil sum.

Si no tengo caridad, nada soy.

(Ad Corint. 1.^a, xviii, 2.)

RESPLANDECE, católicos, en aquel estupendo milagro de sacar de la nada el mundo, el poder incomprendible ó infinito de la majestad de Dios. Deleita, pero con una fruicion que nosotros sentimos y no podemos explicarnos, considerar el admirable entretenimiento del poder divino que vá sustrayendo del caos el tiempo, subdividiendo el tiempo en dias, separando la luz de las tinieblas, y cria la tierra, y los mares, y el firmamento. Enmudece la lengua del hombre cuando habla la del Criador, y por resultado de una sola palabra suya vemos el cielo recamado de innumerables mundos de fuego, la tierra, los aires, las aguas, poblados de séres vivientes de todas especies; las praderas cubiertas de yerba y flores, los árboles cargados de frutos; en una palabra, con animacion, con vida, con movimiento todo lo que ha de constituir los dominios del rey de la creacion, del pontífice de la naturaleza, el hombre. Pero lo que sorprende y enajena á la cristiana consideracion es el fin que Dios se propone en la produccion de todas estas maravillas, y el objeto á que se dirigen; su fin, que es el de poner al hombre, por la posesion de una felicidad temporal, en el camino de la felicidad eterna: su objeto, que es manifestarle, por estas obras palpables, cuánto es el amor que le profesa, atraerle de esta manera á la consideracion de la divina grandeza, llamar-